

# El DÍA D de CHURCHILL

Richard Dannatt  
Allen Packwood



CRÍTICA

RICHARD DANNATT  
Y  
ALLEN PACKWOOD

# EL DÍA D DE CHURCHILL

Traducción castellana de  
Gonzalo García

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2024

*El Día D de Churchill*

Richard Dannatt y Allen Packwood

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Churchill's D-Day*

© Mill House Partners 2012 Ltd y Allen Packwood, 2024

Publicado en colaboración con Churchill Heritage Ltd y el British Normandy Memorial Trust.

© de la traducción, Gonzalo García, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-647-7

Depósito legal: B. 5.072-2024

Impresión y encuadernación: Rotoprint

*Printed in Spain* - Impreso en España



## La enorme ventaja de la perspectiva

¿Pensáis quedaros ahí tirados hasta que os maten u os levantaréis a hacer algo para que no os pase?<sup>1</sup>

A primera hora de la mañana del martes 6 de junio de 1944, mientras Gran Bretaña dormía, el capitán de compañía Stan Hollis, del 6.º Batallón de los Green Howards, destrepó por las redes de salvamento lanzadas al costado del carguero *Empire Lance* para acceder a la barcaza que le llevaría, tras unas últimas millas mareantes, hasta la playa de Gold. Mientras la embarcación capeaba la mar agitada hacia la costa, Hollis vio una posición alemana en mitad del sector hacia el cual se dirigía con sus hombres. Tomó la Lewis de un soldado y vació dos cargadores de la automática contra el fortín. No hubo respuesta. Unos minutos más tarde, tras haber remontado la playa a la carrera, Hollis descubrió que el supuesto búnker era en realidad una pequeña estación del tranvía ligero local. (Hoy en día «la Cabaña de Hollis» es una orgullosa posesión de su regimiento.)

El «segundo frente» de los Aliados en el Oeste se había hecho esperar mucho, pero la Operación Overlord («Señor Supremo», como se la denominaba en clave) empezaba ya a tomar forma. Desde las 6.30 el sol matinal de aquel verano iluminó los desembarcos de la armada más prodigiosa jamás reunida. Durante la noche, paracaidistas de la 6.<sup>a</sup> División Aerotransportada británica habían tomado el flanco oriental de la zona de desembarco, mientras la 82.<sup>a</sup> y la 101.<sup>a</sup> División Aerotransportada de Estados Unidos se apoderaban del flanco oriental, con la intención de reducir el

riesgo de contraataques alemanes. Irónicamente el mal tiempo impropio de la estación, que había obligado ya a posponer durante veinticuatro horas el asalto anfibio, también había tranquilizado al Alto Mando alemán, convencido de que los Aliados no iniciarían el asalto aquel día. De hecho, el mariscal de campo Rommel, al mando del Grupo de Ejércitos B, en el sector de Normandía, había vuelto a Alemania para celebrar el cumpleaños de su esposa, y diversos altos oficiales del Séptimo Ejército se reunieron en Rennes para estudiar los planes contra la invasión.

Al despertar el día, el *HMS Belfast* (que en la actualidad fondea en el Támesis, mantenido por el Museo Imperial de la Guerra) empezó a bombardear las defensas alemanas situadas por encima de la playa de Gold, que los Green Howards de Stan Hollis intentaban tomar al asalto. Más al oeste, la acometida de la 4.<sup>a</sup> División de Infantería estadounidense se había apoderado de la playa Utah, a expensas de tan solo 197 bajas; pero en Omaha la situación aún no se había resuelto. La 29.<sup>a</sup> División de Infantería estadounidense, cuya valía estaba por demostrar, asaltó la mitad occidental de aquella playa de ocho kilómetros; y el sector oriental se asignó a la 1.<sup>a</sup> División de Infantería, ya muy curtida. Sobre la arena se alzaban acantilados defendidos por la experta 352.<sup>a</sup> División de Infantería alemana, que había llegado a Normandía poco antes, desde el frente ruso. Una buena representación de la intensidad de los combates son las secuencias iniciales de la película *Salvar al soldado Ryan*, de Steven Spielberg. Las bajas fueron en aumento y el fantasma del desastre se cernía sobre la operación. Se cuenta que un teniente estadounidense, no identificado, arengó así a unos infantes reticentes: «¿Pensáis quedaros ahí tirados hasta que os maten u os levantaréis a hacer algo para que no os pase?». Los combates de la playa de Omaha fueron los que más cerca estuvieron de hacer realidad la pesadilla del liderazgo Aliado: el fracaso de Overlord. No había ningún plan alternativo, solo la evacuación.

El pueblo británico se despertó con la noticia del desembarco en sus radios. El primer ministro Winston Churchill entró en la sala de debate de la Cámara de los Comunes a las doce y tres minutos y corrieron a convocarlo a dar cuenta de las novedades. Según el parlamentario Harold Nicolson, se le veía «pálido como la cera» y parecía estar «a punto de anunciar algún desastre espantoso». La cháchara nerviosa de los parlamentarios dejó paso enseguida a un silencio expectante. Churchill quería comunicarles dos noticias. No empezó hablando de los desembarcos de Normandía, sino que relató la liberación de Roma, el domingo anterior.

Se deshizo en elogios hacia el general británico Harold Alexander, al mando del teatro italiano; la sala acogió su nombre con un clamor. Luego el primer ministro detalló las fases recientes de la campaña italiana, desde el desembarco de Anzio, el 22 de enero, hasta la entrada de los Aliados en la Ciudad Eterna (que coincidió fortuitamente con el cuarto aniversario del famoso discurso de Churchill y el «Nunca nos rendiremos»).

Sin duda, demorar la referencia a Normandía tuvo un componente teatral. Churchill era un actor consumado en la escena parlamentaria. Sabía que el público estaría pendiente de todas y cada una de sus palabras, las primeras informaciones sobre la ansiada cuestión de los desembarcos. Pero la demora también pretendía otorgar un peso igual a los hechos de Italia, donde los ejércitos Aliados actuaban bajo mando británico. A su modo de ver ese «acontecimiento glorioso y memorable» —la captura de Roma— demostraba que él había estado en lo cierto al mantener un apoyo constante a las operaciones del Mediterráneo. Eran unas operaciones que —Churchill quiso destacarlo con claridad— aún no habían concluido, sino que «las fuerzas Aliadas, con los estadounidenses a la vanguardia, siguen abriéndose paso hacia el norte, infatigables en la persecución del enemigo». El primer ministro ansiaba mantener las operaciones combinadas británico-estadounidenses en la península itálica, pero temía que ahora los norteamericanos dieran prioridad a Francia y Overlord.

Tras haber destacado este asunto, pasó al gran anuncio del día: el desembarco. Sus comentarios fueron breves, simples y fácticos. Como es obvio, era mucho lo que no podía contar. La situación aún estaba en desarrollo y la niebla de la guerra oscurecía la visión de los hechos; además, con la seguridad en mente, no quería proporcionarle al enemigo información útil que pudiera perjudicar los desembarcos. Aun así, vale la pena imprimir aquí sus palabras, en toda su extensión:

También debo anunciar a la Cámara que, durante la noche y las primeras horas de esta mañana, se han producido los primeros de una serie de desembarcos en gran número en el continente europeo. En este caso el asalto liberador cayó sobre la costa de Francia. Una armada inmensa, integrada por más de cuatro mil barcos y otros varios miles de embarcaciones menores, ha cruzado el Canal. Se han efectuado con éxito desembarcos aerotransportados a gran escala por detrás de las líneas del enemigo, y en las playas se está actuando, en este mismo mo-

mento, en diversos lugares. El fuego de las baterías costeras se ha podido controlar en gran medida. Los obstáculos que se habían construido en el mar han resultado ser no tan difíciles como se evaluaba. Los Aliados anglo-estadounidenses cuentan con el apoyo de unos once mil aviones de primera línea, a los que se puede recurrir según se necesite para los propósitos de la batalla. Como es lógico, no puedo desvelar detalles concretos. Nos llegan informes en rápida sucesión. Hasta el momento los comandantes implicados nos comunican que todo está transcurriendo de acuerdo con el plan establecido. ¡Y no es un plan cualquiera, señores! Esta ingente operación es, sin lugar a dudas, la más complicada y difícil que nunca se haya llevado a término. Intervienen en ella las mareas, el viento, las olas, la visibilidad tanto desde el mar como el aire, así como el empleo conjunto de fuerzas terrestres, aéreas y navales con una interrelación sumamente estrecha y ante condiciones que no cabe prever en su totalidad.

Tenemos ya la esperanza fundada de que se ha logrado una sorpresa táctica y confiamos en que, en el transcurso de los combates, sorprenderemos al enemigo una y otra vez. La batalla que se ha iniciado ahora crecerá sin descanso, en escala y en intensidad, durante muchas semanas, y no me aventuraré a conjeturar sobre su evolución. Sí puedo decirles lo siguiente, sin embargo. En los ejércitos Aliados impera una unidad absoluta. Entre nosotros y nuestros hermanos de Estados Unidos existe una hermandad en las armas. La confianza en el comandante supremo, el general Eisenhower, es total, e igualmente en sus lugartenientes y en el comandante de la Fuerza Expedicionaria, el general Montgomery. El ardor y el ánimo de las tropas que se embarcan para estos últimos días, según he podido ver con mis propios ojos, era un espectáculo espléndido. No se ha descuidado nada que pudieran aportar los pertrechos, la ciencia o la reflexión y el proceso conjunto de abrir este nuevo gran frente se desarrollará con la más firme resolución tanto de los comandantes como de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña a los que aquellos sirven.<sup>2</sup>

Estas palabras fueron cuidadosamente elegidas para enfatizar la complejidad de la operación: el uso de medidas de engaño para añadir sorpresa y convencer al enemigo de que este asalto podía representar el primero de una serie, la unidad de los mandos británicos y estadounidenses, el buen ánimo y la buena formación de las tropas. Churchill

acertaba al señalar que estos elementos eran cruciales para el éxito final de una operación a tal escala.

Esta primera reacción del primer ministro británico puede parecer más bien tibia y poco expresiva, en especial si se compara con sus famosas piezas oratorias de 1940. Aquí no hay un gran discurso, no hay referencias a «la hora más gloriosa», no se promete «sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor», no se asegura que «nunca nos rendiremos». Churchill habló solo unos minutos y prometió volver para actualizar las noticias, quizá aquel mismo día, antes de que la Cámara se retirase. Se trataba de una declaración provisional, realizada cuando no se tenía certeza sobre el resultado de la batalla.

Dado el carácter tan singular de las circunstancias, la Cámara recibió las palabras del primer ministro sin críticas ni debate. No era momento de discursos ni desunión, aunque dos parlamentarios enfrentados a Churchill desde hacía tiempo sí expusieron sus comentarios. El veterano político comunista Willie Gallacher expresó «el sentimiento personal, y estoy seguro que de todos los miembros de la Cámara, de que nuestro corazón y nuestro pensamiento están al lado de los jóvenes que han pasado al continente y de sus madres, que se quedan aquí». Por su parte, el agitador socialista Aneurin Bevan preguntó si el primer ministro enviaría un mensaje de la Cámara al pueblo de Francia. Pueden parecer intervenciones inocuas, pero sin duda recordaron a Churchill que asumía una grave responsabilidad por las vidas tanto de los soldados británicos como de los civiles franceses: dos grupos que, en aquel mismo instante, estaban sufriendo bajas.

La declaración de Churchill en aquel momento contrasta claramente con la forma en que describió el inicio de la ofensiva en sus memorias. Al rememorar los hechos del Día D en su obra de 1950-1951 escribió: «La colosal empresa que atravesó el Canal para liberar a Francia había empezado. Todas las naves estaban en el mar. Éramos dueños de los océanos y del aire. La tiranía de Hitler estaba condenada».<sup>3</sup> Esta cita, procedente del penúltimo párrafo de *El anillo se cierra* (a su vez libro penúltimo de su épica historia en seis volúmenes *La segunda guerra mundial*), exhibía una confianza plena y concluía afirmando: «Aunque el camino sería quizá duro y largo, nunca dudamos de que obtendríamos la victoria decisiva».

Precisamente esta cita resume el problema al que nos enfrentamos al hablar de la Operación Overlord: el lujo de saber que fue la estrategia



adecuada, que puso fin a la guerra de un modo rápido y decisivo y que, a la postre, garantizó que la Europa occidental quedara libre tanto del fascismo como, tal vez, del comunismo. A pesar de lo que el primer ministro británico escribió más adelante, la tarea no resultaba tan fácil, simple ni predecible para Churchill, ni para el presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt, ni para el general Dwight D. Eisenhower ni para cualquier otro líder político o militar, británico o estadounidense, de aquel momento.

En 1952, cuando vio la luz el volumen de las memorias de guerra que abordaba el Día D, Churchill volvía a residir en el 10 de Downing Street, ahora como primer ministro en tiempos de paz; y el general Eisenhower, comandante supremo de la operación del desembarco de Normandía, estaba a punto de ser nombrado presidente de Estados Unidos. La victoria había consolidado la reputación de los dos y su historia se había convertido en un sinónimo del triunfo de Occidente; aunque, pasados aquellos pocos años, ahora el relato restaba importancia deliberadamente a la aportación de los exaliados soviéticos —nuevos enemigos en la guerra fría— y observaba los hechos de 1944 a través de una lente nueva: una lente coloreada por la nostalgia, sometida a la influencia de las realidades de la posguerra y modificada a posteriori con lo que se sabía qué había pasado y no la incertidumbre de lo que podía suceder. El Día D ya era materia de mitos. La tendencia no hizo más que acelerarse, espoleada por películas de Hollywood como *6 de junio: Día D* (1956) y *El día más largo* (1962).

Cuando uno se despoja de las ventajas de la perspectiva y contempla los hechos según se les presentaban a Churchill y sus contemporáneos en el momento en que sucedían, emerge una historia más confusa, menos marcada por la confianza.

El presente volumen identificará los factores complejos que se conjuntaron para el éxito del Día D. En este proceso analizará las críticas que se han planteado contra los líderes Aliados (en especial contra Churchill) tanto en vida de ellos como con posterioridad. En particular, se le reprocha que demoró voluntariamente, y luego obstaculizó, los intentos de organizar la invasión del continente en una fecha anterior; y en consecuencia se le recrimina que, al no cruzar el Canal hasta 1944 (y no en 1942 o 1943), la guerra duró más de lo necesario, causó muertes evitables en otros teatros bélicos y amplió las penalidades de incontables millones de europeos.

En junio de 1944 Churchill acababa de cumplir cuatro años en esa función. Con su ceño fruncido a lo bulldog, la pajarita de topos blancos, los dos dedos que dibujaban la V de la victoria y el habano omnipresente, se había convertido en una de las figuras más famosas —e instantáneamente reconocibles— de su era. En algunos aspectos su desempeño del puesto de primer ministro se asemejaba a una moderna corte Tudor, donde su propia banda de excéntricos asesores personales se codeaba con los familiares del líder, los funcionarios gubernamentales, los políticos y los mandos militares. Al crear para sí la posición inexistente hasta la fecha en Gran Bretaña de ministro de Defensa, y combinarla con el cargo de primer ministro, se aseguró de que los líderes políticos y militares le informaban a él directamente: Winston presidía el Gabinete de Guerra y el Comité de Defensa y se reunía regularmente con los jefes de Estado Mayor (los militares que mandaban sobre el ejército de Tierra, la Marina y la Fuerza Aérea). Con una autoestima desbordante, tenía plena confianza en sus capacidades como estratega y, como veremos, había defendido vigorosamente sus propios puntos de vista en todas las fases de debate sobre la naturaleza y el calendario del Día D.

Pero ¿hasta qué punto influyeron en la estrategia de Churchill los fantasmas de su pasado? Es habitual que los comedores de los colegios de Oxford y Cambridge estén cubiertos de retratos de sus antiguos y más destacados *fellows* y *alumni*. Sin embargo, en el comedor del Churchill College de Cambridge —construido como homenaje de la nación y la Commonwealth británica a sir Winston— figura un único retrato: el de un Churchill joven, más delgado y anguloso, que muestra aún restos del pelo rojo de la juventud. Frente a un sombrío fondo negro, en su rostro ya exhibe ojeras. Capta cómo era Churchill en 1916, a los cuarenta y un años. El original lo pintó William Orpen y sigue en posesión de la familia. La versión que cuelga en el colegio es una copia encargada especialmente al artista John Leigh-Pemberton. Clementine, la viuda del político, recomendó esta imagen por ser una de sus representaciones más genuinas y por haberlo captado no en su «hora más gloriosa», sino en el punto más bajo de su fama: después de haber sido destituido a consecuencia de la crisis de los Dardanelos.

Churchill empezó la primera guerra mundial siendo el Primer Lord del Almirantazgo, es decir, el ministro —civil— responsable de la mayor armada del mundo, la Royal Navy. La flota se había modernizado y movilizó y gozaba de gran popularidad. Pero la esperanza de librar una

batalla naval decisiva, que enfrentara a la Gran Flota británica con la Flota de Ultramar alemana, no se materializó. Ante las tablas que generó la guerra de trincheras en el Frente Occidental (en Francia y Bélgica), la Marina quedó relegada a un papel poco ilustre: proteger las rutas comerciales británicas y bloquear a Alemania. Con la voluntad de hallar formas de aliviar la presión que sufrían los ejércitos Aliados, Churchill se centró en abrir un nuevo frente contra Turquía, el más débil de los socios de Alemania. Pronto destacó entre el Gabinete por ser el principal defensor de utilizar la armada para forzar el paso a los Dardanelos, el estrecho que, custodiado por la península de Galípoli, permite acceder al mar de Mármara. El objetivo era adueñarse del paso, sitiar Constantinopla (hoy, Estambul) y dejar a Turquía fuera de combate, al mismo tiempo que se abrían nuevas rutas para abastecer a Rusia, aliada de los británicos. El problema era que los Dardanelos contaban con una defensa poderosa, de fuertes y minas. Cuando la fuerza expedicionaria naval que dirigía primero el almirante Carden y luego el almirante De Robeck no solo no consiguió superar los obstáculos, sino que además perdió tres acorazados en el intento, el Gabinete de Guerra tomó la fatídica decisión de recurrir a las tropas para que tomaran la península de Galípoli. En abril de 1915 se desembarcó a soldados británicos, franceses, australianos y neozelandeses, pero ante la fuerte resistencia de los turcos —atrincherados en terrenos montañosos situados por encima de los puntos de desembarco— no consiguieron ir más allá de las cabezas de playa y, en enero de 1916, se tomó la decisión de evacuarlos. Las bajas fueron cuantiosas: cerca de doscientos cincuenta mil Aliados resultaron heridos o muertos. Entre los que sobrevivieron, alguno interpretó un papel destacado en la segunda guerra mundial, como el joven capitán William Slim, que más adelante estaría al mando de las fuerzas británicas en Birmania (hoy, Myanmar) y Clement Attlee, que lideraría el Partido Laborista, fue vice primer ministro como segundo de Churchill y, en la posguerra, primer ministro.

La consecuencia inmediata del fallo de la operación naval inicial fue la ruptura total entre Churchill y su Primer Lord del Mar (el comandante supremo de la Marina), el almirante lord «Jacky» Fisher. Cuando Fisher renunció a su puesto como protesta, en mayo de 1915, el primer ministro Asquith aprovechó la oportunidad para reestructurar el gobierno, dando entrada a varios conservadores que no habían perdonado que, en 1904, Churchill se hubiera pasado al Partido Liberal (no regresó con los *tories* hasta 1924). A condición de reforzar el gobierno, los



El famoso retrato de Churchill por Orpen, de 1916.  
En el Churchill College se exhibe una copia.

nuevos socios reclamaron la destitución de Churchill, que fue degradado a la condición de canciller del ducado de Lancaster. La prensa y la opinión pública se mostraban hostiles con él, pero no podía defenderse mientras las operaciones militares siguieran en marcha.

El retrato de Orpen atrapa a Churchill en este momento de crisis. Muchos pensaron que su carrera, hasta entonces prometedor, había terminado. Su padre, lord Randolph Churchill, había vivido un ascenso político meteórico, pero lo había arrojado todo por la borda al dimitir de su posición política, con escasa prudencia, cuando contaba solo treinta y seis años. La historia parecía repetirse ahora con el hijo y Clementine tuvo la impresión de que su esposo se moriría de pena. Con el tiempo —bastante tiempo— Winston lograría ascender de nuevo hasta el primer rango de la política. Primero, dimitió del gobierno y optó por restaurar el honor personal: estuvo sirviendo en las trincheras del Frente Occidental, durante seis meses, al mando de un batallón de los Reales Fusileros Escoceses. Luego, no sin angustia, quedó a la espera de que la Comisión de Investigación de los Dardanelos presentara su informe, cuyas conclusiones le exculparon en gran parte; y en ese momento se dedicó a escribir su propia justificación exhaustiva de sus actos, como parte de una historia de la primera guerra mundial en varios volúmenes, titulada *La crisis mundial* y publicada durante la década 1920. Pero no logró sacudirse, ni siquiera entonces, el estigma del fracaso de los Dardanelos: se convirtió en un habitual de las viñetas cómicas y el acoso agrio.

Se han escrito muchos libros sobre por qué los Aliados fracasaron en los Dardanelos, y el debate no ha concluido. A menudo se alega que este desastre motivó que Churchill fuera especialmente prudente con todo lo relativo al Día D. La película *Churchill*, protagonizada por Brian Cox y estrenada en 2017, se abre con las imágenes del primer ministro británico que camina por una playa en 1944 y se echa atrás cuando, en su imaginación, el agua se torna roja por la sangre de los soldados británicos. El largometraje sugiere que, a diferencia de Eisenhower y los demás altos mandos militares del momento, él ya había vivido tal situación en Galípoli y estaba resuelto a hacer cuanto estuviera en su mano para impedir que se repitiera. El guion nos lo muestra esforzándose por obstaculizar los desembarcos cuando apenas faltaban unos días para que se produjeran. El asunto de la oposición de Churchill al Día D y de hasta qué punto intervino activamente para impedir o demorar la operación es uno de los temas sobre los que volveremos en el presente libro.

¿Qué aprendió Churchill con la campaña de los Dardanelos? Sin lugar a dudas le hizo ser muy consciente de los riesgos políticos asociados a abogar por grandes operaciones. Le pareció que lo habían elegido como cabeza de turco y que su caída —si se tenía en cuenta que él no podía influir sobre lo que sucedía sobre el terreno— era injusta. Sin un control completo, «es inoportuno que un hombre emprenda tales aventuras. Aquella lección quedó grabada en mi naturaleza».

También tomó clara conciencia de la dificultad inherente a tales operaciones anfibia a gran escala, en las que es preciso coordinar fuerzas navales, terrestres y aéreas de países distintos y subordinadas a sus propios comandantes. En la siguiente reflexión se observa qué importancia concedía a establecer estructuras de mando claras, con buenas comunicaciones, basadas en datos de espionaje de calidad:

Como nadie estaba acreditado por sus logros positivos, nadie estaba en condiciones de dar órdenes claras y brutales que se respetaran sin vacilación. El poder estaba muy disperso entre los múltiples personajes de importancia que en aquel momento formaban el instrumento de gobierno. El conocimiento se repartía de una forma muy desigual.<sup>4</sup>

Pero esto no impidió que siguiera reflexionando sobre el desafío de capturar una línea costera dominada por el enemigo o defender que se emprendieran operaciones similares.

Cuando abordó los orígenes de Overlord en sus memorias de la segunda guerra mundial, Churchill eligió destacar un artículo sobre «Medidas para una guerra naval» que había redactado, con la vista puesta en el primer ministro Lloyd George, casi veintisiete años antes del Día D: el 7 de julio de 1917. En aquel entonces pretendía mostrar que la Royal Navy podía retomar la ofensiva en la guerra. Una de sus sugerencias principales fue tomar una o varias de las islas Helgoland (como Sylt o Borkum), situadas justo enfrente de la costa alemana, para utilizarlas como base de ataque contra el enemigo.

La operación que describió en el citado artículo exhibe algunas semejanzas con el posterior asalto de 1944 a través del Canal. Requería dominar el mar, iría precedida de un bombardeo muy intenso (aunque en fechas anteriores a la guerra aérea, pensaba en un bombardeo principalmente naval) y culminaría con

el desembarco —protegido por los cañones de la Flota, con ayuda del gas y el humo— de las tropas en la isla, desde transportes a prueba de torpedos, barcasas blindadas. Para el desembarco de una división habría que proporcionar cerca de un centenar de tales embarcaciones. Además, se proporcionarían barcasas para tanques (unas cincuenta, pongamos), cargadas con uno o más carros cada una, pertrechados con cortaalambres en la proa, de modo que, mediante un puente levadizo o una proa inclinada, pudieran tomar tierra por sí mismos e impedir que la infantería quedara retenida por las alambradas en su asalto a las gargantas de los fuertes y las baterías. Se trata de una novedad que elimina una de las mayores dificultades del pasado: el desembarco rápido de la artillería de campo para que elimine las alambradas.<sup>5</sup>

Winston también previó la necesidad de establecer una base aérea «lo suficientemente poderosa para que domine su sector aéreo» y de «disponer de petroleros y de transportes en el fondeadero» para que aportaran los pertrechos y recursos necesarios. El texto pone de manifiesto que comprendía la clase de problemas a los que había que hacer frente y demuestra que, cuando no habían pasado ni dos años de la campaña de los Dardanelos, ya estaba preparado para abogar por realizar ataques similares desde el mar. Suponía que las guerras del futuro implicarían operaciones conjuntas, pero también era consciente de las dificultades, en especial cuando se efectuaban a gran escala. En la práctica la carrera de entreguerras lo llevó por otras direcciones y quedó en manos de otros el intentar desarrollar los equipos y las tácticas precisos para ejecutar operaciones conjuntas, en una atmósfera marcada por la austeridad, los recortes y el desarme.

Más en general, no cabe duda de que la guerra de 1914-1918 dejó una huella profunda en la vida y el pensamiento de Churchill. Había perdido amigos; su carrera había estado a punto de resultar aniquilada; su concepción del mundo había cambiado. El Imperio británico había quedado gravemente debilitado y el tejido de la vida corriente, en Gran Bretaña, se había hecho pedazos: en casi todos los pueblos se levantaban monumentos a los fallecidos en la contienda. Desde su perspectiva como primer ministro en otra guerra, en 1940, otra situación de tablas sangrientas en Europa le resultaba inconcebible:

No iba a olvidar en ningún modo el espantoso precio que habíamos tenido que pagar, en sangre y vidas humanas, por la gran ofensiva de la

primera guerra mundial. Los recuerdos del Somme, de Passchendaele y otros muchos ataques menos frontales contra los alemanes no iban a desaparecer por efecto del tiempo ni la reflexión.<sup>6</sup>

Pero a Churchill se le planteó también otra crítica, interrelacionada con la anterior: se dijo que no quería combatir en Francia en 1942 o 1943 porque su prioridad era defender el Imperio británico. Se ha escrito mucho sobre su imperialismo. Sin lugar a dudas fue, durante toda su vida, un defensor del imperio y, en noviembre de 1942, se hicieron famosas las palabras con las que anunció que si él se alzaba sobre todos los otros ministros del rey (en tanto que primer ministro) no era para presidir la liquidación del imperio. Su concepción del mundo se basaba en creer que las democracias occidentales y las razas blancas de Europa eran las superiores. Sin embargo, Gran Bretaña también dependía de su imperio, necesitaba a sus hombres y sus materiales; era una potencia global con colonias, dominios vinculados y mandatos. En 1940 ningún primer ministro británico se habría mostrado dispuesto a renunciar a tales responsabilidades, ni habría estado siquiera en condiciones de hacerlo; y esto suponía mantener fuerzas en África, el Mediterráneo y el Pacífico y defender las líneas de abastecimiento naval en cualesquiera mares y océanos. Gran Bretaña no tenía más opción que combatir en una diversidad de teatros y en este libro se analizarán las decisiones que se tomaron con respecto a las prioridades de los distintos recursos y el impacto que aquellas tuvieron en el calendario y la naturaleza del Día D.

Por otro lado, Churchill no era el único que debía lidiar con estos problemas. Otro tema recurrente en el presente libro es hasta qué punto el primer ministro pudo actuar, o actuó de hecho, con independencia. Era una figura poderosa, sin lugar a dudas, pero dirigía un gobierno de coalición dentro de un sistema parlamentario y presidía una burocracia civil colosal y unos servicios militares con sus propios sistemas y estructuras muy arraigadas. El general John Kennedy, que fue nombrado asistente del Jefe del Estado Mayor General Imperial, habló de «un gobierno, esencialmente, de comités [...]. Winston, por supuesto, es la personalidad dominante [...]. Aun así, es frecuente que sus puntos de vista no se impongan cuando son contrarios a una tendencia de opinión generalizada entre los Estados Mayores de los servicios».<sup>7</sup> A partir de 1941, además, se asoció con Estados Unidos y la Unión Soviética en una alianza internacional contra el fascismo, una alianza que, a medida que



avanzaban los meses, se dirigía cada vez más claramente desde Washington y Moscú. Era evidente que la liberación más fácil de Francia y la Europa noroccidental partiría de la base de las islas británicas; pero no era menos evidente que Gran Bretaña no se bastaba para emprender la liberación por sí sola.

Churchill, por supuesto, acusó las críticas que le reprochaban reticencia a abrir un segundo frente en la Europa occidental y puso mucho empeño en rebatirlas. En el segundo volumen de sus memorias de guerra escribió:

A la vista de los múltiples relatos en circulación que multiplican mi supuesta aversión hacia cualquier clase de desembarco forzoso en gran escala, como el que tuvo lugar en Normandía en 1944, será conveniente que aclare desde el principio que yo aporté buena parte del impulso y la autoridad que crearon el inmenso aparato y la armada precisos para desembarcar los blindados en las playas, sin lo cual, según se reconoce hoy universalmente, toda operación mayor de este calado resulta imposible.<sup>8</sup>

En el presente libro se examinará con detalle qué supuso esa intervención, pero para comprender completamente qué se estaban jugando Churchill y los jefes del Estado Mayor británicos en 1944 es necesario retroceder unos pocos años, hasta la fase inicial —de desesperación— de la primera guerra mundial, y seguir desde allí el largo desarrollo de Overlord; hay que explicar la estrategia general de los Aliados, de la que el Día D formó parte, y mostrar cómo fue la culminación de varios años de planificación, preparativos y empeño («de sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor»).